

terminó por un apretón de manos. Las aguas del gran canal brillaban: el soplo de la primavera besaba los paños negros de la góndola que le estaba esperando: el cielo estaba sereno como el corazón de una virgen y todo parecía inclinar el ánimo á meditar sobre la inmovilidad de la naturaleza y el eterno desasosiego del hombre derribando hoy los altares que levantó ayer, y mañana los que levanta hoy.

XI.

En todos sus viajes jamás se olvidó de España. La situación política de ella le preocupaba vivísimamente. La dinastía borbónica estaba ya al borde del abismo. No se necesitaba mas que una mano medianamente fuerte que la empujase. Su caída era inevitable. Un día era Morriónes el que se sublevaba. Otro Baldrich. Los generales de la antigua union liberal eran enviados á Canarias; Rios Rosas tambien; Montpensier desterrado. Habia poco menos que un esbirro para cada español: Gonzalez Bravo soñaba una conspiracion diaria y no se equivocaba: en el extranjero se escribian los mas denigrantes artículos contra la reina Isabel: en palacio habia una inquietud permanente y sorda. Por fin, el grito de la revolucion se lanzó en Cádiz: se ganó la batalla de Alcolea y la reina de la víspera, ex-reina ya, huyó. Se habia opuesto al movimiento de los tiempos: habia tejido anillos de cadenas en vez de tejer coronas de ideas: habia perseguido á los hombres del progreso en vez de ponerse á su ca-

beza: habia querido parecerse mas á Isabel de Inglaterra que á Isabel la Católica: se habia hecho cómplice de todos los verdugos, desde los de los ministerios hasta el del patíbulo: se habia bañado en sangre, envuelto en lodo: se habia hecho milagrera, beata, hipócrita, y cruel y despiadada como todas las beatas y milagreras. No podia menos de ser así. Los pueblos son jueces, y al fin y al cabo juzgan y condenan. El progreso barrió á sus sicarios con sus cañones, y á ella con su escoba. Sin duda no merecia mas.

Los emigrados empezaron á volver á la patria. Vino Olózaga, vino Martos, vino Orense. La entrada de Prim en Madrid fué una ovacion de las mas grandes que se han conocido. Habia sido el héroe legendario de aquellos tiempos y el pueblo que ante todo se paga de ídolos venia á postrarse ante él. A poco empezaron las grandes reuniones políticas. Estaban algo obscuras las ideas: los unos decian que lo mejor de todo era una *monarquía democrática*: los otros que la monarquía y la democracia eran inconciliables. Habida una reunion en el Circo de Price, Martos dijo; que la forma era lo de menos y que lo que convenia era la monarquía democrática, cuyas excelencias se proclamaban. Salmeron dijo cosas demasiado metafísicas acerca de la forma y del fondo, que el pueblo no entendió bien, lo que hacia que unos á otros se preguntasen; «Y bien ¿qué ha dicho?» Orense deslindó los campos y exclamó interrumpiendo á Martos, creo; «La peor de las repúblicas vale mas que la mejor de las monarquías.»

La revolucion sorprendió á Castelar en Passy de Montmorency, cerca de París, donde habitaba y escribia sus libros para la Propaganda literaria

de la Habana, de que mas tarde hablaremos, sus correspondencias y sus revistas para los periódicos americanos. A los que dicen que cuando la revolucion se proclamó, Castelar flotaba entre mil dudas y no sabia decidirse ó por la república, como Orense, ó por la llamada monarquía democrática, como Martos, les contestaremos haciendo el extracto de una carta que dirigió á los republicanos del Nuevo-Mundo, carta inserta en varios periódicos de América y Europa. Estaba fechada en Julio, es decir, dos meses antes de la revolucion. Examinaba el futuro ministro de Estado la situacion política del país y deducia que la revolucion tenia que ser pronta é inmediata. Los Borbones habian establecido un divorcio completo entre el trono y el pueblo: tenian que morir á manos del pueblo. Sentada esta idea ¿qué iba á sustituir á los Borbones? «En cuanto se trata de la sustitucion al régimen actual, decia, la mayoría de las gentes se pronuncia por la continuacion de la forma monárquica, dando dos razones en apariencia poderosas: el prestigio de la monarquía sobre los pueblos y el hábito de los pueblos á obedecerla.» Negaba ese prestigio aduciendo considerable número de citas históricas, y añadía estas palabras que no dejan género alguno de duda; «En verdad no es oposicion de ahora. Siempre hubo en España tierras donde la autoridad real llegaba muy difícilmente. Siempre hubo municipios que guardaron la levadura de nuestra vida esencialmente democrática. Siempre hubo allá en el Norte, en los desfiladeros del Pirineo, republicanos cuyas comarcas se conservan «libres» como decia uno de nuestros mejores poetas «libres por siempre de tiranos reyes.»

Cuando las guerras de las comunidades, la idea de fundar una república cruzó mil veces por las almas de los comuneros esencialmente democráticas. Cuando la guerra de Aragon, aconsejaba Antonio Perez á este fortísimo reino fundar un gobierno como el de Holanda. Durante la guerra de la Independencia, sin reyes convertimos España al espíritu democrático, nos aliamos á Inglaterra y desafiamos á Napoleon, y en cuantas ocasiones el país ha sido dueño de sus destinos, la idea de Junta central ha brotado, como por encanto, idea que ahogada en sangre, retoña cien veces, en demostracion de la vitalidad del sentimiento republicano en nuestra patria.

«¿Qué necesita este gran sentimiento? Necesita convertirse en idea, llegar hasta la conciencia del país.

«Para eso existe el partido democrático que ha sido siempre en toda nuestra historia, en todas nuestras asambleas, en toda nuestra prensa, cuyos servicios recojerán las edades futuras con veneracion, ha sido siempre *esencialmente republicano*. Por la república se decidieron los primeros órganos de nuestro partido en todas las épocas constitucionales. Por la república votaron nuestros representantes en la Asamblea de 1854, ante la faz del trono, todavía omnipotente. Por la república hemos trabajado en la nueva época de la prensa. Republicanos, y republicanos radicales, intransigentes, nos hemos llamado todos en aquellas gloriosas juntas, en que por medio de enseñanzas diarias, difundíamos nuestras ideas, y por medio de poderosas organizaciones, las implantábamos vigorosamente hasta en los mas humildes pueblos de España.

«Sobre este punto no cabe vacilacion alguna...»

Si aun se quisiesen mas pruebas de que Castelar no ha vacilado nunca en sus ideas políticas: si se quiere una última demostracion que acabe de patentizar que el gran tribuno no ha abandonado nunca, ni en los momentos del triunfo, cuando el poder se ve llegar, su ideal por las ideas inmediatas, que hubieran podido proporcionarle puestos y honores, podemos darla copiando párrafos de otra carta dirigida tambien á los republicanos del Nuevo-Mundo, y fechada en 15 de octubre, es decir, 17 dias despues de la expulsion de los Borbones. Cuando aquí fluctuaban los unos, pidiendo la monarquía, la república los otros, Castelar escribia estas palabras: «La revolucion tiene dos períodos, el negativo y el afirmativo. El período negativo todos hemos estado unánimemente acordes en la necesidad suprema de expulsar la dinastía. En el período afirmativo, en el período de reorganizacion, las diversas ideas han de brotar como una consecuencia necesaria de la variedad y de la riqueza de vida en los partidos. Que nadie tema ver en peligro el nuestro porque haya sinceros y honrados disentimientos en la cuestion de forma de gobierno. Todos somos republicanos, absolutamente todos, sin excepcion.

«Pero hay ilustres patriotas, que han sido nuestros guías y maestros; oradores insignes que han compartido con nosotros el pan del desierto, y cuya elevacion de carácter solo se puede comparar con la elevacion de su elocuencia; jóvenes de gran talento, y de preclaros servicios; antiguos republicanos de méritos sobresalientes

en la prensa que se apartan de mi opinion, así en la oportunidad de proclamar inmediatamente la forma republicana, como en el carácter que deba revestir la República. Yo espero que estos honrados y patrióticos disentimientos, cuyos móviles nobilísimos todos conocemos, no han de romper, ni de quebrantar siquiera la unidad de nuestro partido consagrada en el manifiesto último que todos hemos firmado. Yo espero, pues, que como siempre, salvaremos esa cohesion que nos ha dado tan poderoso influjo sobre el país. Las mutuas excomuniones son ridículas y dan á escuelas que deben ser muy universales el carácter de estrechas sectas. Las purificaciones se quedan para los realistas. Si en el momento presente no hubiera grandes disidencias sometidas á la armonía superior de nuestras ideas, no seríamos el partido que, por una série de principios encadenados como puntos matemáticos, arranca de lo presente para perderse en lo porvenir. No somos, no, una escuela nueva, ó una nueva secta: somos sobre todo y antes que todo, la nueva sociedad, y por eso tenemos la variedad de su vida, la riqueza de sus ideas.

«Pero yo siempre creí que la forma republicana era la única forma en rigurosa armonía con nuestros principios. Yo creí siempre todas las monarquías malas, pero las monarquías democráticas, pésimas. Yo siempre creí, que así como el organismo humano es esencialísimo al espíritu, la forma republicana es esencialísima á la democracia. Yo he visto la monarquía belga nacer muy liberal, y quedarse estacionaria, sin sufragio universal, sin libertad completa de imprenta, mientras la república suiza, que nació muy aris-

tocrática, es hoy el modelo que mas se acerca en la tierra á nuestro ideal democrático. Yo he dicho siempre en el seno de la confianza, al oído de mis amigos mas íntimos, entre mis compañeros de redacción, y luego á la faz de Europa y de América, que en cuantas ocasiones me encontrara á influir sobre mi país, influiria por todos los medios á favor de la República. Impórtame muy poco que todo el país esté por la monarquía. El país es muy dueño de escoger la forma de gobierno que le convenga. Pero yo jamás dejaré de trabajar por todos los medios legítimos á favor de la única forma de gobierno que creo justa, á favor de la república.

»Reconociendo las razones de patriotismo y de alta política alegadas por aquellos de mis amigos que se inclinan á la república unitaria, yo prefiero la república federal. La prefiero porque deseo que las provincias nombren sus gobernadores por sufragio universal. La prefiero porque reduce al Estado á sus funciones primordiales de garantizar todos los derechos, de concertar todas las autonomías, y de defender la nacionalidad. La prefiero porque tenemos de ella ejemplo en regiones como Navarra y las Provincias Vascongadas, gérmenes un día de la patria, gérmenes aun de la libertad. La prefiero porque deseo acabar con ese enorme presupuesto central, que solo sirve para sostener una aristocracia burocrática, primera causa del menosprecio en que han caído la industria y el trabajo. La prefiero porque he visto que las repúblicas unitarias mueren todas por apoplejía de poder, mientras las repúblicas federales se salvan por la distribución de la vida al cuerpo social. La prefiero porque gusto de las re-

formas prácticas y veo que solo hay repúblicas federales en el mundo. Quiero la república de los girondinos, la república de los helvéticos, la república que engendró los dos primeros magistrados del mundo moderno, Washington y Lincoln.»

Mientras que muchos repúblicos, por muchos títulos ilustres, al ver que la hora de la distribución de las dádivas se acercaba á mas andar, se inclinaban del lado de la monarquía, Castelar escribía lo que hemos transcrito. A cada uno lo suyo. Por tres períodos críticos ha pasado el partido republicano: el primero, su deslinde y su separación completa del antiguo partido progresista, deslinde á que nuestro orador contribuyó algo, por la clara disposición de la doctrina democrática en su discurso del Teatro Real y sus trabajos posteriores; el segundo, la terrible lucha entre socialistas é individualistas, no terminada por el manifiesto de 15 de Marzo, y en la que tan viva parte tomó nuestro orador; y el último, que todos hemos presenciado, en el que los republicanos mas probados se monarquizaron de pronto y otros permanecieron fieles á sus antiguos principios. En este último período el tribuno de las Constituyentes no es de los que menos han trabajado tambien, como veremos.

Pocos dias despues regresó á España al cabo de dos años de amarga espatriacion. En las ciudades principales por que pasó, los liberales salieron á victorearle, á festejarle y á hacerle pronunciar discursos. No se puede ser gran orador impunemente. El número de los que pronunció

hasta llegar á Madrid, fué crecidísimo. En Madrid le esperaba otra ovacion. Sabido que llegaba por la mañana, gran número de gentes fué á recibirle. La estacion del Norte estaba llena. La naciente milicia se armó de sus fusiles y fué á esperarle en la misma apostura que si el que viniera fuera Napoleon, ó Espartero cuando menos. Muchas sociedades mandaron comisiones; la mañana estaba placentera.

Cuando llegó el tren y el orador se asomó por una ventanilla del coche en que venia, la muchedumbre se avalanzó á él con verdadero frenesí. Pasó sus trabajos y sus apuros antes de instalarse en la carretela en que habian ido á buscarle Rivero y otros amigos. Todos querian darle la mano. No se oia mas que un grito: «¡Viva Castelar!» Las músicas tocaban, las banderas se desplegaban al viento, y el pueblo solo dejaba de dar vivas á Castelar para dárselos á la libertad. Así logró la comitiva ponerse en marcha. Lo primero que hicieron los estudiantes que habian ido á la recepcion de su antiguo catedrático, fué llevarle á la Universidad. Aquello era lógico: le reponian ellos en su cátedra, antes que el gobierno lo hiciera. Hiciéronle que hablara y pronunció, desde el mismo coche, si no recuerdo mal, un pequeño discurso.

La comitiva se puso otra vez en marcha y recorrió calles y calles. Las gentes se asomaban á los balcones. Los estudiantes gritaban desafortunadamente y los obreros lo mismo. Al pasar por una calle, me parece que la del Arenal, una jóven saludó ardientemente al orador con el pañuelo, y lloró. El pueblo que se apasiona por los que aman á los suyos, la victoreó frenéticamente. Al

cabo llegó la muchedumbre con su ídolo á las Casas Consistoriales. Allí nuevo discurso, nuevos vivas, nuevas aclamaciones. Acabada la oracion, todavía escoltado por mucha jente, fué llevado el futuro ministro de la república á la casa en que venia á aposentarse en la calle de San Agustin, y aun allí pidieron algunos que hablara otra vez: Rivero salió al balcon y dijo que le dejaran descansar, porque tenia necesidad de cobrar fuerzas para los trabajos que habia forzosamente que emprender y no de perderlas con continuos y perpetuos discursos. El pueblo, que es dócil, obedeció y le dejó en paz.

Tal fué la entrada en Madrid, despues de dos años de destierro, del orador mas ilustre de la antigua democracia.

XL.

Al poco tiempo fué repuesto en su antigua cátedra de Historia de España, de la propia forma que los demás catedráticos que habian sufrido suerte igual á la suya.

Se abria una nueva época. Habia ya libertad de asociacion, libertad de imprenta, libertad de conciencia. El escritor, el pensador, el orador podian decir lo que les acomodase, en la seguridad de que nadie les molestaría. Los periódicos, las hojas sueltas, los folletos, aparecieron por todas partes. Era una verdadera inundacion de sabiduría, de luz que lo llenaba todo.

A los pocos dias de su llegada, Castelar quiso reunir al pueblo para hablarle de lo que pensaba

sobre la situación política, presentarle las soluciones que él creía mas aceptables en cada una de las cuestiones que le agitaban entonces, é ir discutiendo y rechazando todos los monarcas que la opinion pública señalaba como mas ó menos probables para reemplazar á los Borbones espulsados. Con motivo ó con pretexto de la instalación del Comité central del partido republicano, convocó al pueblo en el Circo de Price la noche del 13 de Noviembre de 1868. Una hora antes estaba todo lleno. ¡Qué discurso aquel! Nada habia perdido el orador de sus antiguas reconocidas facultades. Por el contrario, habia ganado algo. Tenia mas sobriedad, mas concentracion. Se veia que podia ser orador parlamentario mejor que en otros tiempos.

¿Sabeis cómo empezó su discurso? Del modo siguiente: «Por fin llegamos á esta tribuna como naufragos á playas amigas.» Este principio tan sereno y tan magestuoso al mismo tiempo, escitó vivísimas aclamaciones. Hubo algunos momentos en que el orador tuvo que callarse: los aplausos no le dejaban proseguir. ¿Qué dijo? Que no queria hablar de lo pasado ni llevar ni una gota mas de amargura al cáliz de la dinastía destronada: que las revoluciones hoy ya no son revoluciones oficiales, como la de Italia apoyada en el Piamonte y la de Alemania apoyada en Prusia, sino revoluciones populares, y que nuestra política extranjera debia ser una política de neutralidad. Al llegar aquí exclamó: «Nada de alianza de Francia contra Prusia. ¿Qué nos importa el César francés? ¿Qué vale hoy el César francés?» Inmenso tumulto promovióse entonces. Muchos se levantaron de sus asientos; los mas gritaban: «Nada, nada.» «Teneis

razon, continuó el orador, le hemos tomado el pulso... y sabemos que está muy débil: le hemos tomado el pulso y sabemos que está muy enfermo.» Aquí Castelar fué otra vez interrumpido: las muestras de entusiasmo, las aclamaciones y los vivas ahogaron otra vez su voz. Habló despues de nuestra política en América. «El mas ilustre de los diplomáticos anglo-americanos, exclamó, no ha dicho al mundo, España será eternamente, aunque no tuviera una pulgada de tierra en América, España será una potencia americana.» Abolicion de la esclavitud; autonomía de Puerto-Rico y Cuba con gobierno propio y administración propia; paz con las repúblicas del Pacífico; reconocimiento de la república mejicana; reconocimiento de la independencia de todos los países hispano-americanos que no se hubiera hecho aun, y apoyo moral en lo porvenir á una federación de repúblicas en América. Hé aquí la política que propuso para con el Nuevo-Mundo. Habló despues de la cuestión religiosa; dijo que puesto por el neo-catolicismo en el caso de obter por la libertad ó la fé, obtaba por la primera; que clases enteras en España hacian de la religion asunto de policía y tomaban los sacerdotes, no como guardadores de las verdades eternas, sino como guardias civiles que aseguran la paz pública, y que el único remedio de todo esto era la separación de la Iglesia y del Estado. Del ejército, dijo: «Yo daría la siguiente ley: Artículo primero: Se licencia todo el ejército. Artículo segundo. Todo español desde veintiun años hasta cuarenta es soldado. Artículo tercero. Todo soldado permanecerá en su casa, salvo el dia en que la independencia nacional peligré. Artículo cuar-

to. Todo español debe cinco dias de ejercicio al año á su país. Artículo quinto. Se reconoce á toda la plana mayor sus grados, sus honores, se les conservan sus escalas como si estuvieran en activo servicio, y se les destina para dirigir y guardar los cuadros de la reserva nacional. Artículo sexto. Las diputaciones provinciales y los ayuntamientos ocurrirán á la seguridad de los caminos, á la inviolabilidad del derecho, de la vida, del hogar, de la propiedad de los ciudadanos con la organizacion de una guardia cívica sostenida á sus espensas. Así tendríamos un grande ahorro, porque lo caro es la subsistencia del soldado, y tendríamos un grande ejército, porque lo indispensable es subvenir á la defensa de la independencia nacional.» Abogó por la mas completa descentralizacion; por la descentralizacion de todo lo amortizado; por el desestanco de todo lo estancado; por la creacion de sociedades cooperativas, y afirmó que así se facilitaria la solucion del problema social. Al llegar á este punto exclamó: «La única forma de gobierno en que el pueblo es dueño de sus destinos es la forma republicana.» Nuevas aclamaciones, nueva interrupcion. Muchas voces gritaban: «Viva la república.» En esto un repartidor del cuerpo de telégrafos entregó al orador un parte en que le decian que en Vejer de la Frontera se habia proclamado á tiros la república. Se lo manifestó al público y propuso que se dirigiera á aquellos republicanos un telégrama en que se les dijera que no apelaran á la violencia y sí á los votos. Aceptóse la idea y el telégrama fué remitido. Analizó despues la forma de gobierno que convenia á España y dijo que, entre todas, la república era la

mas saludable, la mas conveniente y la mas patriótica. Fulminó rayos despues contra la monarquía. A Montpensier le pulverizó; á Don Fernando de Coburgo le llamó Fernando el Imposible y de Amadeo de Saboya dijo: «El príncipe Amadeo ha vertido su sangre por su patria como un héroe. Pero la monarquía obliga á ejercicios tales para grangearse partidarios que, cuando yo le he visto, señores, le he visto haciendo títeres en Florencia.»

Fué un gran discurso. Duró horas. Cuando dejó la tribuna no tenia voz, ni fuerzas, ni aliento. El orador parlamentario se reveló aquel dia. Sobriedad, madurez, un gran punto de vista práctico, no gran profusion de imágenes, fueron los caracteres relevantes de él. Los que buscaban solamente al antiguo orador se encontraron tambien con un hombre de Estado. «Ha ganado en el destierro,» decian todos.

XLI.

A fines de este mismo mes de Noviembre tuvo lugar en Madrid la mas grande manifestacion que desde la espulsion de los Borbones hasta nuestros dias ha tenido lugar. Nuestro pueblo se diferencia muy mucho del inglés. El entusiasmo en nosotros es efimero y dura poco; mejor dicho, es como todos los entusiasmos, una nube que arroja algunas gotas de agua y se vá. El pueblo inglés si cien veces necesita ejercer un mismo derecho, cien veces le ejerce; y todos los ciudadanos asisten convencidos, no de que van á una

fiesta, sino de que van á ejercer su soberanía protestando contra un abuso, contra una ley, contra una institucion. Aquí no hay eso. Cuando hay entusiasmo hay mucha gente. Cuando las horas revolucionarias están léjos los espíritus desmayan y las manifestaciones son exiguas y raquílicas. Sentir es mucho, pero pensar es mas. Y el pueblo que mas piensa, es el que mas vive conforme á derecho; y el que mas vive conforme á derecho, tiene que ser forzosamente mas feliz. En España se dejan de ejercer los derechos del hombre por indiferencia y por cansancio. En Inglaterra nunca. El inglés dice siempre parodiando la frase romana: «Cives britanicus sum.»

Iban á venir las Constituyentes, y se queria alentar á la nacion para que á lo menos viniesen á ellas muchos diputados republicanos. Se iba á hacer una manifestacion en favor de la república federal. A las once empezó á acudir el pueblo al Dos de Mayo, que era el punto de la cita. Los comités de cada barrio con sus banderas y sus músicas iban llegando unos tras otros. El himno de Riego y el de Garibaldi llenaban los aires. Una música colocada bajo los árboles, junto al Dos de Mayo, entonaba de cuando en cuando la Marsellesa. Tenia algo de solemne y grave aquel himno que parecia salir de la tumba de los mártires ilustres de la libertad. A las doce y media la comitiva se puso en marcha despues de una palabra de Orense. Vista desde la carrera de San Jerónimo aquella multitud parecia un inmenso pólipo que se retorcia, que se enderezaba, que ondulaba, que se ensanchaba, que se comprimia. En el centro de la manifestacion un grupo de estudiantes alegres, entusiastas, iba

entonando el himno que desde entonces puede decirse que es el himno oficial del partido republicano.

No mas reyes, no mas tiranías,
Basta ya de irritante opresion:
Luzca al fin, para tí, noble España,
De la libre república el Sol.

Al pasar por delante del ministerio de la Gobernacion, Milans del Bosch que estaba de uniforme á la puerta con sus ayudantes y que fué siempre un militar muy cuco, se quitó el sombrero delante de la bandera del comité central y gritó: «¡Viva la Soberanía Nacional! Viva el pueblo-rey!» El pueblo que se paga siempre de las pequeñas cosas, que á veces no suelen ser mas que astucias y habilidades, le victoreó. En la plaza de Armas del Palacio Real habia García Lopez. Las sombras de los reyes que habitaron aquel palacio, nido de tantas traiciones contra la nacion y contra el pueblo, debian protestar contra la invasion de aquellas turbas de hombres que pedian, no que un hombre solo sino todos llevasen en la frente una corona inmarcesible, la de los derechos individuales. Al volver á pasar por la Puerta del Sol la inmensa comitiva vióse ondear en un balcon una bandera. Era la de los Estados-Unidos. El pueblo aplaudió. Entonces el embajador de aquel pais apareció en el mismo balcon con otra en la mano. La gran república aplaudia ya á la futura república. Al llegar al Ministerio de la Guerra, el antiguo palacio de Godoy, un comandante del regimiento de la Constitucion intimó á todos los oficiales que iban en la manifestacion que se separasen de ella, de

orden superior; la sensatez del pueblo impidió que hubiera una colision. Otra vez ya la comitiva en el Dos de Mayo, aderezóse una mesa y subióse sobre ella «la perla de la democracia,» como habia dicho Orense al partir la manifestacion. Castelar hizo un discurso terrible contra la monarquía. Copiaremos de él dos ó tres párrafos, porque extraerle seria destruirle: «Ciudadanos, comencé, os hemos convocado y os despedimos en el monumento del Dos de Mayo, como si dijéramos, á la sombra del árbol secular de nuestra nacionalidad. En este recinto de los héroes y de los mártires: en este recinto que evoca la imagen de las traiciones de los reyes y de la abnegacion de los pueblos: en este recinto donde se halla con sangre trazado el recuerdo del esfuerzo titánico, merced al cual se desvaneció en la Europa de aquellos dias el cesarismo y se salvó la independencia de las naciones: en este recinto que es un templo, consagremos de nuevo el grande sentimiento que á todos nos confunde sobre este suelo sagrado: el horror á la dominacion extranjera, á las dinastías extranjeras; y el amor sublime á la libertad y á la patria.»

Después de hacer algunas consideraciones, dijo:

«Ciudadanos españoles; la República federal viene á reanudar nuestra historia patria cortada, interrumpida por dinastías extranjeras; la República federal viene á consagrar la unidad de España. Cuando sosteníamos durante la Edad media una fuerza épica, existian en la forma de privilegio, propia de aquellos remotos tiempos, in-

capaces de comprender el gran principio de igualdad, existian cortes, existian jurados, existian magistraturas populares, existian sobre todo esos históricos municipios, como escollos eminentes, á cuyos piés se estrellaba el oleaje de las erupciones extranjeras y en cuya cima ardia eternamente como faro inextinguible la luz de la libertad española.

«Pero vino la monarquía absoluta con las dinastías extranjeras: vino la monarquía absoluta, y sin fundar la unidad de España, que todavía esta inacabada, incompleta, mató la rica variedad de nuestra vida. Mirad esa larga cordillera de cadalsos que se extiende desde Villalar hasta Zaragoza, desde Zaragoza hasta Valencia, desde Valencia hasta Mallorca: mirad esas magistraturas muertas, el diputado de Castilla, el Justicia de Aragon, el Conceller de Cataluña: mirad las cenizas de Medina del Campo, quemada por el fundador de la dinastía de los Austrias y las cenizas de Játiva quemada por el fundador de la dinastía epicúrea de los Borbones: comparad lo que érais después de seis siglos de libertad con lo que sois después de tres siglos de absolutismo: y levantando los brazos á este cielo que nos sonríe, y que parece asociarse con sus resplandores á la victoria moral de este gran dia, jurad por los manes de nuestros padres, jurad por la sombra de nuestros mártires que no consentireis jamás la restauracion de la monarquía.»

La muchedumbre se agitó y gritó y prometió lo que el orador queria. Ignoraba que la república iba á venir traída por la sola fuerza de los acontecimientos y que cuando se la intentara